

CRISTINA PUJADAS

Tras el best-seller en romance paranormal y fantasía para jóvenes con *La Hija Maldita*, llega la esperada segunda entrega de la historia de Aina. ¡No te la pierdas!



»»»»»»»»»» EL ««««««««««
TEMPLO PERDIDO

Para Francis.

De los dos, tú eras el escritor. Yo la soñadora.
Tantas horas simplemente estando. Viviendo. Soñando.
Te fuiste demasiado pronto. De forma violenta.
Sin darnos tiempo a compartir
todas esas cosas que nos habíamos prometido.
Algún día.
¿Cómo un mero recuerdo puede ser tan nítido?

Trilogía Pueblos Perdidos

Cristina Pujadas

La Hija Maldita

Trilogía Pueblos Perdidos # 1

Cristina Pujadas

Versión 2018.11.14

Novela aventuras romántica fantástica

El Templo Perdido

Trilogía Pueblos Perdidos # 2

Cristina Pujadas

Versión 2020.02.21

Novela aventuras romántica fantástica

Bienvenida a casa

Sin Anthony Jobs, máximo responsable de la guardia de Do-Urh, caminaba con paso firme, mirada perdida en el horizonte y un cierto punto de preocupación. Tan solo había ostentado ese cargo durante unas semanas, las justas para ser consciente que aquella responsabilidad era más un castigo que no un premio por su trayectoria al servicio de la Diosa. No podía esperar menos, teniendo en cuenta que le había propuesto para el cargo el nuevo Rey, el joven explorador con mirada fría y actitud despreocupada que había estado acechando desde el primer día a su protegida. Aina. Seguía sintiendo un cierto vacío en el corazón cuando pensaba en ella. Algo, dentro de él, le decía que estaba a salvo. Aina era una superviviente. Aunque pensar en ella en tierras plateadas, entre hostiles plateados, era duro. Si sus obligaciones no fueran las que eran, si el Rey Dexter no le hubiera anclado a aquella tierra, a aquellas responsabilidades, hubiera ido a buscarla. O al menos, lo habría hecho después de que Dexter y sus dos manos, en presencia del consejo, la absolvieron de toda culpa en los sucesos que habían acontecido aquella fatídica noche salvando así su honor y su vida. Dexter había sabido mostrar mano dura aplicando la justicia, sin titubear. Ambos debían recordar sus obligaciones para aquella que era su nueva casa, su nueva gente. Y los problemas que tenían, y tendrían, durante los años venideros. La guardia de Do-Urh estaba podrida. Mucho tenía que ver con aquello que durante los últimos siglos su dirección hubiera estado en manos de Sir Thomas. Actualmente degradado de rango y desterrado a la Ciudad de Oro, el antiguo Gran Maestro de Do-Urh se había ganado el respeto a costa de crueles castigos que hacía que muchos de los guardias se hubieran vuelto casi como si fueran vulgares salvajes. Sin honor. Sin valores. Luchadores de élite, cierto. Pero cuyo ego y cuya soberbia eran capaces de nublar su mente. Como había sucedido con el que había sido uno de los favoritos de los Juegos de

Honor y sus dos compañeros más afines. La rabia es una emoción extraña, poderosa. Y peligrosa. Capaz de hacer que aquellos tres guardias fueran capaces de atacar a uno de sus líderes. A la Mano Izquierda del nuevo Rey. Era una gran traición, pero incluso con eso, su muerte era una herida abierta en el pueblo de Do-Urh que los había visto crecer. Y en la guardia. Tres jóvenes dorados muertos en algo que era un sin sentido. Incluso sabiendo que ellos habían buscado su final. Sir Anthony no podía evitar sentirse agradecido de que aquellos cadáveres a los que el pueblo lloraba fuera el de aquellos dorados y no el de su protegida. Pero no todos pensaban como él, especialmente dentro de su propio gremio.

No había sido fácil empezar a reorganizar la guardia de Do-Urh. Probablemente tardaría años en conseguirlo. La Mano Derecha de Do-Urh había sido una pieza clave para conseguir empezar a crear unos nuevos cimientos. James había estado entrenando junto a aquellos chicos durante largas horas y sus ojos despiertos habían sido capaces de ver mucho más allá que lo que mostraba la superficie. Eran sus confianzas, sus consejos, los que estaban ayudando a Sir Anthony a conocer los problemas con los que se enfrentaría, poco a poco, entre los que eran sus nuevos muchachos. Intrigas. Celos. Aquellos guardias habían aprendido a luchar para sobresalir, pero les traía sin cuidado proteger a su pueblo al que muchos parecían menospreciar. Sir Anthony sospechaba que la antigua Mano de Do-Urh era parcialmente consciente de aquello. Aunque el problema era mucho más profundo, más oscuro, de lo que jamás hubiera supuesto. Siempre había pensado que acabaría sus días en el viejo Oráculo del Desierto. Junto a un pequeño grupo de guardias bien avenidos. Pese a las excentricidades de las Visionarias, era una vida agradable, a la que se había acostumbrado. Honrado por el Consejo y castigado por el Rey, ese futuro había desaparecido del horizonte. Aunque Sir Anthony no podía evitar sentirse, hasta cierto punto, afortunado. James era su intermediario. No tener que consultar la mayor parte de sus actuaciones con el joven Rey

era algo que no tenía precio para Sir Anthony. Sentía una conexión con el joven guardia con el que había compartido camino desde Nain. No en vano, el tutor del joven James era uno de sus mejores amigos y el criterio de ambos era parecido. James, la Mano Derecha de Do-Urh, habría sido un gran guardia. Y sin lugar a duda era una excelente Mano. Lo demostraba día tras día. Se mostraba firme pero clemente y siempre estaba dispuesto a escuchar los consejos de viejos que como él, habían visto ya mucho mundo. Habría sido un buen Rey. Aunque no podía negarse que la confianza que había depositado en él el joven Rey Dexter era una evidencia palpable de que él también era consciente de las cualidades del que antaño formaba parte de la guardia. James sería una buena Mano Derecha, justa y firme, siempre dispuesto a servir a su Rey. Un rol que el joven Dexter probablemente le hubiera costado mucho más de asumir. El nuevo Rey de Do-Urh era un hombre hábil en la lucha y su inteligencia estaba a la altura de un Maestro. La forma como había usado al Consejo para sus propios intereses al poco de convertirse en Rey en una de las mayores crisis que debería haberse vivido en Do-Urh en el último milenio lo evidenciaba. No era alguien del que fuera inteligente ser enemigo. Sería un líder fuerte. Pero no podía negar que había algo oscuro en él. Retador. Indisciplinado. Características que por definición, no eran del agrado de un guardia. O no deberían de serlo. Difícilmente trabajaría bajo las órdenes de alguien y empezaba a dudar de si incluso en su propio y selecto gremio alguien era capaz de hacer valer su autoridad sobre él. No parecía querer sobresalir. Otros se hubieran rodeado de Manos más débiles para asegurarse simplemente sobresalir. El control. Do-Urh era una de las ciudades doradas más grandes. Junto a Rottadam el centro del comercio con el resto del mundo. Y sin embargo, se había rodeado de unas Manos que mostraban la fuerza y la justicia a las que se debían de forma elogiable. Aunque tal vez gracias a eso podía seguir viviendo un poco al margen, en un segundo plano, como parecía haber hecho desde que los Juegos empezaron. Estaba claro que

seguiría siendo una persona huraña con poco interés de interactuar con su pueblo pero teniendo en cuenta que habían vivido bajo la tutela de un mago que solía vivir encerrado en la biblioteca del registro, nadie se lo tendría en cuenta. Tardaría un tiempo en ser consciente de que ya no era un explorador. Una criatura silenciosa acostumbrada a trabajar por su cuenta desde las sombras. Un dorado cargado de una aura de misterio y peligro del que había sido consciente desde aquel primer encuentro en pleno mercado de Nain. Su escaso respeto por la autoridad que él y Sir Elliot Grant habían intentado imponer en aquel momento dejaba claro que no estaba acostumbrado a las jerarquías. Algo extraño si realmente había crecido en la Ciudad de Oro. Dexter, el nuevo Rey de Do-Urh, era un dorado excepcional pero también atípico. Afortunadamente, sus Manos eran mucho más accesibles. Quizás fuera mejor así.

El joven erudito, la Mano Izquierda, era próximo a la gente y sabía escuchar los problemas que poco a poco se le presentaban. Conocía las leyes como si las hubiera escrito él mismo y la gente acudía a él para pedir consejo. James estaba centrado en estabilizar los problemas que había en la propia guardia de la ciudad, igual que él. Nada era más peligroso que una ciudad fronteriza con una guardia dispersa y sin la preparación adecuada. Fuerza bruta, sin estrategia alguna. La sombra de un recuerdo. Un plateado corriendo por las calles de la ciudad, la que era ahora su ciudad, a plena noche. Era una señal clara de las debilidades que aquella ciudad, protegida tras dos grandes murallas, tenía en realidad. Dos firmes y sólidas murallas que se alzaban de forma majestuosa y quizás les daba una falsa sensación de seguridad. Los controles en la muralla interna eran distantes y aunque solo un loco se plantearía escalar aquella estructura de firme piedra, no era un imposible. Tiempo atrás algo así sería imposible. Pero el número de guardias, igual que el número de dorados, había caído en los últimos siglos y su gremio se había tenido que ir adaptando aquello. No podía cubrirse el perímetro completo de la muralla con los puestos necesarios para garantizar que la

ciudad fuera totalmente estanca. Era una realidad. Los tratados de paz los amparaban. Los salvajes jamás serían capaces de penetrar una fortificación así. Pero incluso con eso, la realidad había puesto de manifiesto las limitaciones existentes en las protecciones de su ciudad. Incluso si no tenía para nada claro en cómo poder llegar a solucionarlas.

Hacía un par de semanas que el Rey no aceptaba audiencias. Tras el juicio en el registro y la coronación, había participado de forma comedida durante un par de días para desaparecer de la vida pública finalmente. Quizás fuera por la pérdida de Aina. Empezaba a sospechar, tras observar desde la distancia, que parecía realmente atento con ella. Pese a su reticencia inicial no podía negarse que James confiaba en él. Y el juicio del joven guardia era algo a tener en cuenta. A su manera, Dexter había demostrado ser noble. Recto. Había aprendido a trabajar junto al guardia durante los retos como si fuera un compañero ejemplar. Incluso parecía dispuesto a defender al resto de aquel extraño grupo que habían formado junto al erudito y la pareja de herreros. Y Aina. Su pequeña.

Entró en el registro para dirigirse a la primera planta, a la zona reservada para el Rey y sus Manos. Sus dependencias y sus salas privadas. Los guardias allí presentes le saludaron con palabras de respeto. James había elegido personalmente cinco guardias para vigilar las entradas del registro. ¿Cuál había sido su criterio? No lo tenía claro. Pero si una cosa sabía Sir Anthony es que no había sido una decisión tomada al azar. Era un muchacho extrañamente intuitivo para algunas cosas. O quizás fuera cosa del explorador. No le extrañaría que conociera secretos, incluso de la guardia de Do-Urh y de sus problemas internos, antes de ser Rey. Dexter sabía demasiadas cosas. Quizás por esa curiosidad, casi malsana, que había demostrado en varias ocasiones. Caminó por aquel pasillo con mucha más tranquilidad que aquella primera vez, días atrás. Cuando las alarmas sonaron por Do-Urh y dos miembros de la guardia acudieron a su posada para hacerle ir hasta el registro sin mediar palabra. Ahora se sentía mucho más tranquilo, más seguro, que aquella

noche. Las puertas de la sala de reuniones estaban cerradas. Golpeó con decisión sobre ella.

—Adelante —le autorizó a entrar la voz firme, cálida, de James.

Sir Anthony no dudó en poner su mano sobre el pomo y hacer girar aquella belleza de oro puro haciendo que las viejas puertas de madera se abrieran de par en par. Se sorprendió de ver al Rey sentado junto a sus dos Manos. Hacía tiempo que no coincidía con el erudito. Era un dorado con el pelo largo atado con una gruesa cinta a su espalda, un punto más bajo y grueso que la mayoría de los guardias. Tenía las mejillas sonrojadas, una gran sonrisa en el rostro y una expresión emocionada. Sus pensamientos eran alegres, de eso no había duda. La expresión de James era más serena, algo más propio de un guardia. Estaban acostumbrados a mantener las emociones, los pensamientos, en un segundo plano. Aunque había cierto grado de diversión en sus ojos. La pequeña cicatriz presente sobre una de sus cejas estaba parcialmente oculta por un mechón rebelde que se había aposentado sobre su frente. Sentado entre ellos estaba el Rey. Dexter. Su pelo dorado parecía incluso más corto que la última vez que lo había visto. Su barba perfectamente afeitada y su ropa negra con suaves hilos dorados le daban un toque elegante que casi podrían disimular el resto de los cambios. Pero los viejos ojos de Sir Anthony ya habían visto mucho y eran dados a apreciar detalles que tal vez a otros dorados les pasarían desapercibidos. Sus pómulos estaban ligeramente más marcados y había un ligero tono oscuro bajo sus ojos. Por algún extraño motivo, el Rey de Do-Urh mostraba signos de haber pasado malas noches y no alimentarse adecuadamente. Pese a esa evidencia, no había perdido esa mirada retadora cargada de esa chispa de diversión que le daba un punto insolente. Dexter no estaba en su mejor momento pese a que la expresión de sus ojos era alegre y un punto irreverente.

—Sir Anthony —le dijo Dexter señalando una de las sillas de la mesa presidencial. —Bienvenido.

—Es un honor —dijo Sir Anthony mientras tomaba asiento.

—¿Cómo van los problemas internos de la guardia? —le preguntó Dexter dejando claro que conocía cada movimiento que James daba en su nombre.

—Es complicado. Muchos de los guardias jóvenes tienen una buena formación en combate, pero se ha obviado partes de su formación que son tan o más importantes. —resumió Sir Anthony.

—Una forma suave de decir que no hay una pizca de sentido común entre ellos —le dijo Dexter con una sonrisa divertida.

—No tengo autoridad para negar las palabras del Rey —le contestó Sir Anthony, con un gesto afirmativo y una ligera sonrisa en los labios.

—Al margen del tiempo, ¿qué más se podría hacer para solucionar nuestro problema? —le dijo Dexter. —No podemos permitirnos desconfiar de nuestros propios hombres.

—He estado pensando en esto —dijo Sir Anthony finalmente, con gesto inseguro. —Es complicado, por no decir imposible, cambiar la forma de pensar, los valores, de casi un centenar de hombres. La mayoría de los veteranos no eran acordes a la forma de actuar, de ser, de Sir Thomas. Pero acataban sus órdenes dada su jerarquía sobre ellos.

—Continúa —le animó Dexter.

—Actualmente tenemos identificadas cinco manzanas podridas con las que hemos de ir con cuidado. Debo decir que solo dos de ellos ostentan algún cargo dentro de la guardia. —continuó el anciano guardia.

—De momento —dijo Dexter con mirada dura.

—No podemos degradarlos o castigarlos sin una evidencia —le contradijo Sir Anthony. —Hemos de esperar a que den un paso en falso. De momento los tengo bajo vigilancia.

—¿Y con los otros?

—Son guardias relativamente jóvenes, no llegan a los dos siglos. Eran especialmente afines a Vladimir y hay rabia en ellos, parte del duelo impuesto por su pérdida. Es posi-

ble que con el tiempo, se pueda limar sus asperezas. De momento Sir Thorae se encarga de revisar sus turnos para que no coincidan y no puedan retroalimentarse.

—James me dijo que habéis alejado a los maestros Sir Gerard y Sir Lucas de los más jóvenes —dijo Dexter con mirada inteligente.

—Son los más influenciables. Desde la muerte de Vladimir y la degradación del que había sido su máximo responsable, no tienen claro qué pensar. Intento que pasen el máximo tiempo posible con maestros más maduros, con un código de honor sólido y mantener a Sir Gerard y Sir Lucas con otras tareas que les mantenga la mente ocupada —admitió Sir Anthony.

—Limpiar letrinas sería una buena opción —dijo James con una sonrisa ladeada mientras Feren reía por lo bajo.

—Discrepo —dijo Sir Anthony intentando frenar una sonrisa. —Estoy falto de líderes con los que formar grupos de entrenamiento y de trabajo. Personas de confianza a las que quieran imitar. O incluso impresionar.

—¿No sería ese vuestro papel? —preguntó Dexter con mirada interrogante.

—Estaría bien, pero lo cierto es que muchos de ellos podrían ganarme en un duelo —dijo Sir Anthony con una sonrisa en los labios y humildad en la mirada. —Por si no os habías percatado, mi fuerza y mi destreza no son los que fueron. Gajes de nombrar Gran Maestro a alguien de mi edad con una guardia desestructurada desde los cimientos.

—Tan pronto y ya criticando mis decisiones —dijo Dexter con mirada divertida. Sir Anthony parecía dispuesto a disculparse, pero James intervino.

—Sir Anthony se ha ganado el respeto de muchos de los maestros del gremio —dijo James. —Su posición como máximo líder de la guardia es una de tus mejores jugadas estratégicas.

—¿Una? —preguntó Sir Anthony con mirada desconfiada.

—James que me sobrevalora —le dijo Dexter con una sonrisa inocente pero un brillo inteligente en sus ojos.

—Los jóvenes no buscan únicamente sabiduría o experiencia —dijo Sir Anthony volviendo al problema que estaba entre sus manos si bien era consciente de que había más verdad en las palabras de James que en la falsa humildad del Rey.

—Eso será en la guardia —le interrumpió Feren haciendo una mueca y se sonrojó al momento al sentir la atención de todo el grupo sobre él. Para un escribano, la sabiduría y la experiencia eran dos de los pilares de su aprendizaje. Un anciano disponía de gran cantidad de ambas y en su gremio siempre se les respetaba como les correspondía.

—La fuerza es algo que muchas veces puede estar sobrevalorado —dijo Dexter con una sonrisa ladeada mirando a Feren con gesto tranquilo, parecía satisfecho con la intervención de su Mano Izquierda. —Pero estamos hablando de un grupo de ataque al que se le ha inculcado que un espadón ha de vencer a cualquier rival mediante la fuerza bruta y no tienen estrategia ni sentido común alguno.

—Es lo que hay —dijo James haciendo una mueca. —Hemos de ser consciente de nuestra realidad.

—De acuerdo. ¿Qué proponéis? —dijo Dexter mirando a Sir Anthony.

—James sería un buen estímulo para muchos. Su participación en los Juegos de Honor ha hecho que le admiren, tanto por sus combates como por su humanidad —admitió Sir Anthony.

—¿Entonces? —añadió Dexter con mirada inteligente. —¿Qué es lo que no decís?

—James podría participar en algunos de los entrenamientos. Perfeccionar sus habilidades en combate también podría ser útil incluso siendo la Mano Derecha y ayudaría a consolidar las lealtades de muchos de los jóvenes —admitió Sir Anthony. —Aunque quizás deberíamos buscar también nuevos aliados, guardias que se hayan formado bajo otras directrices y que puedan instruir e inspirar a otros.

—¿Sir Elliot Grant por ejemplo? —preguntó Dexter con mirada inteligente mientras James sonreía al recordar a su maestro.

—Estoy seguro de que Sir Elliot estaría encantado de venir a hacernos una visita pero sus obligaciones para con el Gran Maestro de Nain no le permitirían estar lejos de su ciudad durante demasiado tiempo —admitió Sir Anthony admirando la inteligencia viva que el Rey mostraba. Él también había pensado en su viejo amigo. —Tengo en mente un par de guardias jóvenes con una formación completa que estuvieron bajo mi tutela en el Oráculo del Desierto y estoy seguro de que Sir Elliot estaría feliz de cedernos algún guardia de rango intermedio que fuera de confianza si fuera consciente de los problemas internos que tenemos.

—Incluso podríamos enviar alguno de nuestros jóvenes guardias conflictivos con él —dijo Dexter mientras pensaba en aquello. —Distanciarlos entre ellos, que volvieran a hacer nuevas amistades con nuevos valores. Podría funcionar.

—Al menos con los jóvenes —dijo Sir Anthony haciendo un gesto afirmativo aunque había signos de preocupación en su rostro. No tenía para nada claro cómo conseguir encauzar a los dos guardias que ostentaban altos cargos dentro de su gremio. Eran ancianos, no tanto como él, pero lo suficiente como para dudar de que pudieran cambiar de perspectiva o de forma de pensar de la noche a la mañana. El problema existente con Sir Gerard y Sir Lucas no sería tan fácil de solventar.

—Jamás pensé que diría esto —dijo Dexter poniendo los ojos en blanco. —Enviad una carta oficial para invitar a Sir Elliot Grant y a quién consideréis oportuno. En su visita les plantearemos nuestra actual situación y vuestras ideas. Ya veremos dónde nos lleva eso.

—Sir Elliot es un buen hombre, si le das una oportunidad te gustará —le dijo James a Dexter con una sonrisa orgullosa mientras recordaba a uno de sus Maestros.

—En Nain todos lo respetaban y admiraban. —añadió Feren con gesto solemne. Aun siendo la Mano, seguía siendo tímido y algo introvertido. La presencia de Sir Anthony o de algún miembro de la guardia aún le intimidaba.

—Os dejo recordando todas sus virtudes —dijo Dexter levantándose de la mesa, Sir Anthony hizo el intento de le-

vantarse y Dexter le puso la mano sobre el hombro. —No hace falta, estoy seguro de que James querrá acabar la velada en compañía.

—Si me disculpa Sir Anthony, me gustaría revisar unos pergaminos que tengo pendientes —dijo Feren levantándose de la mesa despidiéndose del guardia de forma respetuosa.

Ya solos, Sir Anthony miró a James. Sabía que entre él y el que antaño fue un explorador, había lazos fuertes que difícilmente serían vulnerados. Pero incluso con eso, tenía la sensación de que el explorador ocultaba muchas cosas. Lo que no sabía era si James era consciente de aquello. Y no tenía el poder, ni el derecho, de poner en duda el juicio o los principios del que era su Rey.

—Supongo que un título no cambia de la noche al día a una persona —dijo finalmente Sir Anthony mirando la puerta por la que el Rey y una de sus Manos habían desaparecido.

—Para nada —admitió James. —Me alegraré de ver a Sir Elliot. Espero que se sienta orgulloso de todo esto.

—Tenlo por seguro —le dijo Sir Anthony con mirada paternal. —Habéis demostrado estar más que preparados para asumir esta responsabilidad. Desde la primera noche.

—Aquello fue una pesadilla —dijo James mirando el rostro de Sir Anthony que parecía más apagado. Triste. No habían vuelto a hablar desde hacía tiempo. —Esta noche me gustaría que acompañaras a los guardias de la puerta de acceso a la ciudad.

—¿La puerta? —le preguntó Sir Anthony con sincera curiosidad. James hizo un gesto afirmativo mientras se levantaba. Sir Anthony le imitó, meditando aquello sin acabar de entender el mensaje oculto. Un Maestro haciendo guardia en un acceso a la ciudad era algo poco habitual. Un Gran Maestro a plena noche allí en medio, sorprendente. Por no decir inaudito.

—Hemos de empezar a revisar las medidas de seguridad y los puntos de acceso a la ciudad —le contestó James. —Por algún sitio hemos de empezar.

James tenía razón. Debía empezar a pensar en cómo mejorar la seguridad de la ciudad. Sir Anthony hizo un gesto afirmativo. Aquel era un día tan bueno como cualquier otro.

—El acceso principal está doblemente vigilado. Hay un pequeño puesto interno en la muralla sobre los engranajes de la puerta, parcialmente oculto, con dos tiradores y una campana de avistamiento dispuesta para dar la alarma —dijo Sir Anthony mientras pensaba en lo que sus compañeros le habían explicado tras iniciarse en su cargo. Lo cierto es que no había ido aún allí para valorar personalmente aquello. —La puerta es de acero revestido en oro, difícilmente se podría abrir sin la ayuda de los mecanismos y los animales que los hace desde el puesto interior. Las runas para activar el sistema de apertura son solo accesibles desde el interior. Dentro hay un mínimo de dos guardias y un escriba.

—Estaría bien asegurarnos de que todo se haga correctamente y que se les dé el valor que les corresponde en su tarea. Estoy seguro de que apreciarían que alguien con su rango pasara una noche analizando nuestras medidas de seguridad en ese punto concreto —le contestó James. —Puede que incluso los propios guardias nos ayuden a ver algunos de nuestros puntos débiles. Porque está claro que haberlos, los hay.

—Así lo haré —dijo Sir Anthony haciendo un gesto afirmativo. ¿Las puertas de la ciudad? ¿Pasar la noche allí con los jóvenes guardias? Era una petición extraña. Se podría hacer la misma labor a plena luz del día bajo el amparo del Gran Sol. Pero James tenía un sexto sentido con algunas cosas. En las últimas semanas había demostrado que aunque a veces hacía peticiones, sugerencias, que en un primer lugar podrían parecer absurdas tenían un objetivo claro. Incluso en un guardia como James, la influencia de Dexter empezaba a notarse.

Tres guardias vigilaban la gruesa puerta. Una sólida estructura de metal dorado cuyo peso difícilmente sería capaz